

## ÁNGELA GALLARDO

Desde el año 1999 hasta el 2002, estuve yendo y viniendo a Francia. Sola, paseando y luego con una beca. Después estuve en pareja, me volví a París y me quedé hasta el 2007.

Estas líneas no son para hablar de Francia y mucho menos de mí. Es un mínimo agradecimiento en público para la Doctora Ángela Gallardo, Médica, Inmunóloga.

Ya se lo he dicho a usted, Doctora, y sé que para usted no hace falta, pero nunca voy a poder agradecerle y mucho menos compensar, lo que usted hizo por mi hijo mayor- primero- y luego por todos mis hijos.

Mi hijo mayor nació en Francia, en el 2003. Desde que nació tuvo problemas digestivos, raros. Estaba siempre enfermo, descompuesto, con fiebre. Lo llevaba seguido al pediatra, pero a él “no le preocupaba”. A mí sí. Llegó a tener 41 grados de fiebre, sin diagnóstico, no dormía, los problemas estomacales no se iban.

Vivía a 15 km de París. París. París. Europa, primer mundo. Seguía consultando a distintos médicos y nada. Todos le repetían los mismos análisis, tengo los mismos análisis hechos literalmente 22 veces en dos años. Por supuesto, todos con los mismos resultados: indicaban una fuerte intolerancia al huevo y a la proteína de la leche. La caseína es la proteína y la lactosa, el azúcar. Si mal no recuerdo, y espero olvidarme un día. Fui a 11 médicos y a 16 hospitales.

Conseguí un turno con una inmunóloga miembro del Consejo de Inmunología de la Comunidad Europea, que teniéndolo delante de ella con todos los síntomas: vómitos, diarrea y 40 grados de fiebre (habré estado 10 minutos en el consultorio) su respuesta fue que los síntomas no coincidían con los de una alergia típica. Pregunté, y, ¿no puede ser atípica? Respuesta: la médica soy yo. Pregunta: entonces, ¿podría darme un diagnóstico?, por favor. El diagnóstico es ver y observar. Claro, le dije, pero hace 1 año y medio que lo miro y lo observo y por eso he ido a 11 médicos y 16 hospitales y nadie lo cura. Respuesta: No puedo decirle nada más, buenas tardes, “señora”. Y partimos, una vez más.

A esa altura, mi hijo decía “me duele la panza” las 24 horas sin parar porque literalmente casi no podía dormir, obviamente. Penúltimo hospital, embarazada de mi segundo hijo, con 42 grados de calor atípico en Francia, logro un turno con otra supuesta eminencia. Respuesta: el niño crece y engorda así es que está en los parámetros normales. Por lo tanto, como hay gente a la que le duele la cabeza toda la vida, a él quizás le duela el estómago toda la vida. Si algún día se curara- que no creo- de lo que parecería ser una gastroenteritis eosinofílica (creo que se dice así y ni siquiera quiero buscarlo, perdón), va a comer siempre zapallo hervido y, como mucho, hay un 4 % de posibilidades de

que se cure, si es que es eso. Me acuerdo que le contesté: “no, a mi hijo no le va a doler toda la vida. Y tiene 3 años”. Partimos. Por supuesto, cada uno de los médicos cobraba sus 75 euros de entonces que la Obra Social reembolsa 3 días después y que yo muchas veces ni tenía para pagar y esperar el reembolso.

Un día tuvo dolores más intensos todavía. Me mandaron a un hospital a 20 km al que ni siquiera sabía cómo llegar. Se hicieron las 3 de la mañana. Embarazada. Sola. Tenía una invaginación intestinal. Los ganglios se habían inflamado tanto que se le hizo el síndrome del “guante dado vuelta”, como le dicen. Le hicieron lavajes de estómago para tratar de deshacerla. Yo no podía entrar porque estaba embarazada y sacaban una radiografía detrás de otra. Se escuchaban los alaridos en el consultorio. Ya eran las 5h de la mañana. Salió un médico. Hay que operarlo, anunció, pero acá ya no operamos. No sabemos si vamos a poder hacer algo, está grave.

¿Papá, tiene? – preguntó, mientras tomaba un café-. Sí, logré decir, está en Irán, trabajando. Se fue hace dos días y hay vuelos cada 15 días.

Mientras esperaba en ese pasillo desierto a la madrugada, con mi hijo en la falda, pensaba. Trataba de pensar. Pero lo único que sentía era impotencia y terror.

Trataron de encontrar un hospital donde sí pudieran operarlo. No había cama en ningún hospital ni clínica. París. Nada. Finalmente, consiguieron una cama, en un hospital a 80km donde parecía que quizás podrían hacerse cargo. Llovía, como siempre. Ambulancia. Llegamos. Espera.

Hicieron una nueva ecografía y con los lavajes la invaginación se había deshecho y ya no hacía falta operar. La espera duró 5 horas más. Estuvo internado 4 días, con la típica ronda de médicos, médicos que no escuchan ninguna pregunta de la madre. Sin diagnóstico ni tratamiento futuro. Yo preguntaba por la causa y ni me respondían sobre los resultados. Detrás de ellos revoloteaban sus residentes y las enfermeras. Pésima atención y trato. Una noche, estaba tan nerviosa que tenía frío, aunque era verano y fui a pedir una frazada para mí. La enfermera tuvo el buen gusto de decirme que estaba demasiado nerviosa y que eso de andar “picoteando de médico en médico no era bueno, que había que seguir un criterio”. Eso pedía yo: criterio. Un criterio. Y le dieron el alta en el hospital, con 40 grados de fiebre y le recetaron un antibiótico por una posible otitis. Increíble.

Siguió empeorando. Hubo mil incidentes más en el medio. Ya era enero. Afuera, 10 grados bajo cero. Nosotros estábamos preparando nuestra vuelta definitiva a la Argentina, cuando en una de las tantas idas al pediatra, dos días antes de venirnos me dijo: “Ah, en Boulogne - no muy lejos- hay una clínica especializada en alergias alimentarias”, dicen que es muy buena. Muda, anoté la dirección, saqué turno y fui.

Los mismos análisis una vez más y la médica me dijo que efectivamente, los 22 (ahora 23) análisis repetidos e idénticos, indicaban un alto grado de alergia a la

leche y al huevo. Resultados que siempre figuraron escritos en los análisis. Nos íbamos a Mendoza al día siguiente.

No me olvidaré nunca del estado de furia que tenía al salir, ni del color del cielo parisino siempre nublado, ni de mi hijo que me miraba y siempre sonreía a pesar de todo. Creo que es la única vez que he sentido odio en mi vida.

Llegamos a Mendoza, con un nene de 3 años y medio y un bebé de 2 meses. Mi mamá, siempre se lo voy a agradecer, me dijo que llamara a Isaac Rivero, médico inmunólogo. Un genio. Mis padres y él y su amorosa esposa eran amigos. Ya, sin saber más qué hacer, lo llamé y me habló, con esa tranquilidad y humildad que tiene. "Llamála a la Angelita Gallardo. Te paso el teléfono de su casa. Yo me retiré, pero es porque además me superó ampliamente".

Fuimos. Ya verla, fue un bálsamo. Su sola presencia inspiraba confianza. Así todo, respiré hondo para contar todo de nuevo, y ella anotaba. Hablé 3 horas seguidas. Yo parecía loca. Y claro que lo estaba. Me hizo preguntas, respondió todas las mías, lo revisó.

Estuvo en tratamiento desde ese día hasta los 9 años. Cada análisis iba bajando el grado de alergia. Tenía que hacer una supresión total de esos alimentos.

Hace casi 15 años, era muy difícil. No existía el respeto paulatino que por suerte se ha ido incorporando por las personas celíacas, por las personas veganas. Había que leer etiqueta por etiqueta. Su papá, también se lo agradeceré siempre, lograba cocinarle maravillas sin huevo ni leche. Es mucho más complicado de lo que uno cree. Y más para un nene chiquito, que desea cosas ricas. La gente no entendía, no todos, claro. Pero le daban cosas para comer pensando que un poquito no le iba a hacer nada. Salir era muy difícil. Yo vivía aterrada de que fuera a tener un shock anafiláctico y no saliera. Tenía miedo de que se muriera.

Y ella me decía: sí se va a curar. Yo se lo aseguro. Y fue mejorando y empezó a tener una vida normal a medida que su salud se lo fue permitiendo. Siempre tuve el celular de la doctora, la podía llamar el día y a la hora que fuera. Siempre había una respuesta médica acertada, una palabra de aliento, de calma, de lucidez. Revirtió las alergias de mis otros 4 hijos, hasta durante el embarazo del último. Vio, me decía, ya los atajamos en el aire. Y se reía.

Me acuerdo el día que los análisis dieron negativo, cero, la abracé y no paraba de llorar. Ya pasó, me susurró, ahora es un recuerdo.

Cada vez que necesito un médico, la llamo. Siempre está y estará.

Su formación profesional es tan impecable, tan segura. Nunca duda. Previene, escucha. Ayuda. Actúa. Simplemente, sabe.

Quisiera haber sido más concisa y decirle más aún. Solo puedo repetirle: gracias infinitas al querido Doctor Isaac Rivero.

Y a usted, Doctora, no encuentro las palabras que abarquen esas gracias. En lo profesional es brillante, por supuesto. Pero mi agradecimiento va a Ángela Gallardo. A la mujer, a la persona, a la que me agarró la mano y me dijo con firmeza y seguridad: “no se va a morir y se va a curar”. Creo que, en mis abrazos, en los que le doy cada vez que la veo, trato de transmitirle lo que usted es para mis hijos y para mí. Para 6 personas –hoy- sanas, física y mentalmente, gracias a usted.

Ese nene débil, con ojeras, flacucho y rulos blancos ya no dice más “me duele”. Hoy mide casi 1,90m; come lomos, helados de crema y hace una vida normal y feliz, junto con sus hermanos que también están sanos. Lo que a él le llevó 9 años y mil peripecias más de las que he contado; a sus hermanos, gracias a usted, les llevó máximo 6 meses al nacer. Nunca se enteraron.

Hace unos días- hoy mi hijo tiene casi 18 años- charlábamos y me decía: Gracias a la doctora y a vos, yo nunca me di cuenta de que estaba grave, ni siquiera enfermo. Lloré, de alegría.

Usted me enseñó, doctora, cuando yo me enfurecía porque la gente le daba cosas para comer, aunque yo hubiera avisado, hasta con certificado médico por supuesto, que un chico no es responsable de su salud. Los adultos sí.

Usted, es el vivo cumplimiento del Juramento de Hipócrates: “No llevar otro propósito que el bien y la salud de los enfermos”.

Gracias, una y mil veces. La quiero con toda mi alma. Julieta